

Lenguaje, sociedad y política

Manuel Chaure Vallejo

El Diccionario de la Real Academia Española, en su vigesimoprimera edición, define el lenguaje (entre otras muchas acepciones) como “El conjunto de sonidos articulados con el que el hombre¹ manifiesta lo que piensa o siente”, o también “El sistema de comunicación y expresión verbal propio de un pueblo o nación o común a varios”.

Existen además - y han sido objeto de numerosos estudios - lenguajes no verbales, como los visuales y gestuales, sonoros no articulados (típicos del mundo animal), signos con los que se comunican, no sólo mensajes objetivos, de carácter meramente descriptivo, sino también subjetivos, como estados de ánimo y posiciones psicológicas.

Sin embargo, el medio principal, y que ha sido probablemente el más influyente de la comunicación humana es el verbal, puesto que una gran parte del mismo (el más importante hasta el tiempo reciente²) es el escrito, que no utiliza más recurso que la palabra, sin ningún otro elemento asociado.

Mediante el lenguaje, el ser humano comunica con sus semejantes la información que posee sobre lo que conoce, presencia, percibe, piensa o siente y recibe de ellos informaciones similares, mediante el mecanismo recíproco emisión-recepción. Y este fenómeno verbal no es sólo un código de comunicación e interpretación del mensaje emitido y recibido sino una verdadera estructura conceptual que modela nuestra manera de pensar.

Arthur Koestler, en su libro “El grito de Arquímedes” lo expresó con claridad en el siguiente texto:

Las palabras son los elementos esenciales para formular y comunicar los pensamientos y también para almacenarlos en la memoria. Desgraciadamente, las palabras son también trampas o camisas de fuerza. No son simples etiquetas como las que designan personas u objetos. Se trata de construcciones artificiales que, bajo apariencia inocente, disimulan la especie particular de lógica que ha servido para elaborarlas. Como dijo Sydney Hook, al establecer el cuadro de las categorías que a sus ojos representaban la gramática de la existencia, Aristóteles proyectaba en realidad sobre el cosmos la gramática de la lengua griega.

Hasta nuestros días, esta gramática nos ha cogido en la trampa de sus paradojas; dos milenios de pensamiento europeo le deben su grandeza y su miseria. Si la filosofía occidental consiste, según Popper, en una serie de notas sobre Platón, la ciencia occidental ha necesitado dos mil años en librarse de la hipnosis producida por Aristóteles, cuya filosofía penetraba la estructura misma del lenguaje

¹ ¡Vaya por Dios! La RAE nos ha salido “machista” y no practica el lenguaje “inclusivo”

² Ello parece estar en un proceso de cambio. Hoy mucha gente nutre su pensamiento por medio de los sistemas audiovisuales y la comunicación interpersonal mediante mensajes desde los dispositivos electrónicos al uso, que proporcionan una gran economía de tiempo y requieren menor esfuerzo y atención que la lectura. En contrapartida carecen del rigor que exige ésta, empobrecen la ideación y la formación de criterios intelectualmente más solventes

definiendo no sólo las nociones de la ciencia sino también las del sentido común. Todas las grandes revoluciones del pensamiento científico se hicieron no solamente contra los dogmas aristotélicos, platónicos y cristianos sino también contra lo que parecía la evidencia y el buen sentido.

Cada vez era preciso romper el orden establecido del pensamiento conceptual. Kepler trastornó la doctrina (evidente) del movimiento circular uniforme. Galileo arruinó la noción de sentido común de que todo cuerpo en movimiento debe tener un motor para atraerlo o empujarlo. Newton debió contradecir la experiencia disponible y mostrar que hay acción posible sin contacto. Einstein nos prohíbe creer que los relojes giran a la misma velocidad en cualquier punto del universo. La física cuántica ha escamoteado el sentido tradicional de palabras como materia, energía, causa y efecto.

Los prejuicios e impurezas que se han incorporado a los conceptos verbales de un universo del discurso dado no serán eliminados por ningún discurso en el interior de este universo. No es jugando un juego como se pueden modificar sus reglas, por absurdas que sean. De todas las formas de actividad, el pensamiento verbal es el más claro, el más complejo y el más vulnerable. Es capaz de absorber toda clase de sugerencias y de hacer reglas secretas del código.

Por su parte, Ortega y Gasset (“En torno a Galileo”) nos dice:

El idioma mismo en el que por fuerza habremos de pensar nuestros propios pensamientos es ya un pensamiento ajeno, una filosofía colectiva, una elemental interpretación de la vida que nos aprisiona fuertemente”.

Y Edward T. Hall (“La dimensión oculta”):

*... los hombres son **simples cautivos de la lengua** que hablan*

En su “Teoría general de sistemas”, Ludwig von Bertalanffy escribe:

*...los objetos del mundo cotidiano no son sencillamente “datos”, como datos sensoriales o simples percepciones, sino que **en realidad están contruidos con ... factores “mentales”** que vanhasta los factores culturales y lingüísticos que determinanlo que de hecho “vemos” o percibimos.*

George Lakoff, en “No pienses en un elefante”:

*Cuando los hechos no encajan en los marcos (mentales), **los marcos se mantienen y los hechos se ignoran** (la materia de los marcos es el lenguaje).*

Los estudios del antropólogo germano norteamericano Franz Boas, tras un intensivo estudio de las culturas de distintas etnias, concluyen en que el lenguaje modela las formas culturales, que se apoyan en él, de acuerdo con lo que denomina *principio de relatividad lingüística*.

Los trabajos posteriores de sus seguidores Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf convergen, tras sus estudios de las lenguas de los indios norteamericanos *shawnee* y *hopi*, en la llamada “Hipótesis Sapir - Whorf”, que afirma que el lenguaje no sólo determina el

pensamiento y la cultura sino también la percepción de la realidad del mundo que se presenta ante nuestros sentidos, según lo que denominan como *determinismo lingüístico*.

Es decir, percibimos el mundo mediante los datos sensoriales recibidos, que se adaptan al modelo de interpretación de esos datos que nos proporciona el lenguaje, como constructo de acceso a la ideación y al conocimiento. El lenguaje es, por tanto, el vehículo de comprensión de lo experimentado.

*El mundo, la realidad, son captados por medio de **modelos mentales que, a su vez, dependen del lenguaje.***

Peter Senge: “La quinta disciplina”:

Sabemos, por ejemplo, que los *inuit* que habitan en las regiones árticas utilizan cerca de veinte palabras para designar lo que nosotros llamamos *nieve*. Ello responde a una necesidad funcional dictada por la experiencia, que les ha enseñado a distinguir mediante la observación de los diferentes tipos de este fenómeno meteorológico la conducta adecuada a sus necesidades vitales tales como cuándo hay que refugiarse en el *igloo*, salir de caza o desplazarse a otro lugar según las condiciones del entorno que sutilmente su experiencia ha detectado y clasificado en forma verbal.

Se trata de un lenguaje que solemos denominar como primitivo, básicamente denotativo (no connotativo) y funcional, típico de culturas estancadas en patrones inmóviles, no evolutivos, carentes de escritura -y por tanto de historia- pero suficientes para garantizar la supervivencia en unas condiciones de vida muy difíciles, impuestas por un entorno extremadamente hostil que no permite otras tareas psíquicas que las dirigidas a la propia conservación.

En condiciones de entorno más favorables, en general determinadas por las características físicas y ambientales propias del ecosistema en el que se vive, la mente humana dispone de una vacancia que le permite dedicar sus tareas intelectuales al ámbito de las ideas y los conceptos; brota la mirada de la curiosidad sobre el mundo que le rodea, sobre sí mismo, sobre el pensamiento abstracto, la ciencia y la filosofía.

Llamamos “Geopsique” a la vida psíquica en cuanto sufre las influencias de la temperie, del clima, del suelo o del paisaje y es modificada por ellos

W. Hellpach: “Geopsique”

No es por casualidad que la cultura que llamamos occidental haya surgido en el Mediterráneo (Egipto, Grecia y Roma) cuyas características climáticas y medioambientales han producido una gran riqueza de pensamiento, procedente de la intensa interacción personal que propician unas condiciones naturales favorables a la comunicación humana (suelo que proporciona alimentos sin gran esfuerzo y clima que permite la vida al aire libre) y cuya materialización más representativa es el *ágora* griega, lugar de encuentro e intercambio de ideas entre las personas.

Si es cierto que pensamos -como señalan las citas anteriores- dentro del lenguaje, si percibimos la realidad mediante éste (determinismo lingüístico) habremos de concluir que, preso nuestro pensamiento en aquél, el lenguaje y su adecuada utilización se erige en un asunto básico para asegurar una correcta ideación, que será la guía de nuestras percepciones y conductas.

Por eso los que quieren someter a los demás se sirven de él para inducirles lo que tienen que pensar y aceptar como conveniente. Conveniente ¿para quién?

Cuando yo empleo una palabra, dijo Humpty Dumpty, significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos

Lewis Carrol: “A través del espejo”

Entre los problemas que posee nuestra actual sociedad la tergiversación del lenguaje es, en mi opinión, uno de los más graves porque por su medio se va introduciendo en las conciencias un “pensamiento recomendado”, que moldeará la percepción de los acontecimientos, determinará el juicio sobre diversos asuntos de índole social y política y permitirá a sus promotores crear las *realidades* que, convenientemente asimiladas por las gentes, resulten más favorables a sus intereses.

En este sentido las políticas educativas implantadas en las regiones españolas con tendencias independentistas, sobre todo en Cataluña, son de una eficacia tal que se autoalimentan y harán perdurar el separatismo en España durante muchos años, a no ser que consigan su objetivo y nuestro país deje de serlo en su integridad histórica y cultural.

Dentro de este fenómeno que hoy vivimos en España esta tergiversación consiste, por una parte, en un relato falsificado de la historia, que sitúa a su receptor en una posición de pertenencia a un grupo de identidad propia y singular, ajena al del resto del país al que sin embargo pertenece *malgré soi*. Este relato está presidido, además, por una idea de superioridad de *lo nuestro*, como poseedor de altas virtudes que nos hacen destacar sobre *los otros*, manifiestamente carentes de ellas. Por otra, que esto se complementa con el uso impuesto de la lengua regional en el ámbito de las instituciones públicas (con flagrante incumplimiento de la Constitución) y su fomento, casi coercitivo, en el privado, para promover la construcción de un *Volksgeist* que constituye la base, no sólo conceptual sino también sentimental, de sus tesis independentistas.

Las emociones no son instrumentos cognitivos

Ayn Rand

Se trata en definitiva de afirmar una identidad distintiva y que -gran paradoja- en un mundo cada vez más estrechamente interrelacionado se asemeja a lo tribal y aislacionista.

No es sólo en Cataluña donde se apoyan y estimulan las lenguas minoritarias españolas. Nuevos brotes de este fenómeno van apareciendo en otras regiones, con el legítimo y a la vez nostálgico derecho de la preservación de unas raíces -otra paradoja- de carácter *conservador* impulsadas por la izquierda que se autodenomina *progresista*. Esto, siendo

legítimo, contiene una parte perversa que es el intento no declarado de expulsar el idioma español del correspondiente ámbito geográfico, dentro de una tendencia de disgregación de la unidad cultural e histórica española y de un impulso aldeano.

Y algo que empeora esta situación: en el resto de España se han ido obediendo sumisamente las imposiciones dictadas por los nacionalistas y la izquierda, como es la sustitución del nombre España por el de “este país” y de denominaciones que cultivan estas suplantaciones (como, por poner un ejemplo trivial, la sustitución del nombre “Servicio Nacional de Meteorología” por “Agencia Estatal de Meteorología”). Lo que importa es evitar llamar nación a España y sustituir este nombre por el de “Estado”; Estado obviamente intrusivo que ha invadido y sojuzgado a “nuestra nación”.

De forma aberrante pero cierta se ha llegado a oír que cuando llueve en España está “lloviendo sobre el estado” y lo “políticamente correcto”, en prácticamente todos los medios de comunicación públicos y entre muchos comentaristas de cuya nula afección al separatismo no cabe dudar, es llamar *Girona* a Gerona o *Lleida* a Lérida; hablar del *Govern* en lugar del Gobierno Catalán, escribir *Catalunya* en lugar de Cataluña ...la *Generalitat* y un largo etcétera (está implícito que las correspondientes palabras españolas son muestra del “franquismo” todavía existente, enemigo y represor de nuestra singularidad, lo que las condena al rechazo social ante la *tiranía sangrienta* que tal vocablo evoca). Todo ello es muestra de cómo poco a poco han ido apoderándose del lenguaje y extendiéndolo con eficacia en las restantes regiones españolas. La utilización del término *autonómico* (concepto político y administrativo) en lugar de *regional* (concepto territorial) no es inocente, como podría parecer a primera vista.

Este fenómeno, sin embargo, no se limita sólo al separatismo. Es mucho más amplio y comenzó por modificar algunas denominaciones que trataban de suavizar realidades poco agradables o poco *correctas*. Las realidades incómodas son mal recibidas en nuestra sociedad, cada vez más hedonista, y hay que disimularlas mediante denominaciones suaves.

Así se viene hablando de *países en desarrollo* para denominar a los países subdesarrollados, de *invidentes* para designar a los ciegos, *tercera edad* para la vejez, *interrupción voluntaria del embarazo* para el aborto, o *violentos* para designar a ciertos criminales (¡que nadie pueda sentirse ofendido por una palabra!). *Violento* es palabra “light” y desde luego más tolerable y exculpatoria que criminal.

Siguiendo esta lógica ¿Se puede hablar de la *interrupción voluntaria de la vida* para designar al suicidio? Los muertos ¿Son *invivientes*?

Hoy día se predica sosiego y moderación ante ciertos hechos cuyo simple relato indigna, lo que no es otra cosa que una propuesta de resignación para anular el discurso de los que los interpretan de modo realista y tratan de no someterse a esa resignación.

Si bien es cierto que la prudencia y la moderación son virtudes estimables y convenientes, también es preciso reconocer que no son virtudes supremas.

Lo mismo ocurre con la tolerancia ¿Puede tolerarse todo? ¿Hay que ser tolerantes con los intolerantes?

Una voz que hoy se escucha con habitualidad es la del respeto: *con el debido respeto ... , yo respeto todas las opiniones ... , hay que respetar* Pero, digámoslo claro, no todo es respetable: cuando las opiniones no son tales sino infamias, insultos y ultrajes a las legítimas creencias y valores morales de las gentes, se está muy lejos de la proclamada respetabilidad, enmascaradas en la no siempre legítima *libertad de expresión*.

En el plano de la política, la tergiversación del lenguaje ha llegado a constituir un auténtico peligro para la sociedad.

Algunos ejemplos:

Se han oído, en un pasado no demasiado lejano, dos expresiones para designar los mismos crímenes: “guerra sucia” (GAL) y “lucha armada” (ETA). Aunque se trata de lo mismo, de asesinatos, los mensajes implícitos son discordes: el primer caso connota una acción vil, despreciable y repugnante; el segundo transmite un tinte de cierta nobleza que, además, se justifica mediante un propósito final tan encomiable como la liberación de un pueblo oprimido y constituye el camino para resolver un “conflicto” histórico.

¿Son cosas distintas? ¿a quién sirve tal distinción? Es muy grave que una banda de asesinos haya logrado imponer un lenguaje que trata de ennoblecer y justificar sus acciones criminales.

Cosa parecida ocurre cuando se habla de las relaciones entre Euskadi o Cataluña y España, como entidades distintas, siendo así que se trata de la parte y el todo. ¿Por qué se acepta ese perverso juego verbal incluso por los no nacionalistas y por alguna parte de la prensa?

Nos han dicho desde el gobierno: *Vamos a pedir un esfuerzo a los ciudadanos* (suena a llamada solidaria cuya contribución para ayudar a la patria nos ennoblecerá) pero lo que se dice en realidad es: *Vamos a subir los impuestos* (es decir, recaudar más dinero para cubrir los numerosos despilfarros - y muchas veces corrupciones - en los que de verdad deviene el aumento impositivo).

“Izquierda” y “derecha”: ya no son expresiones de ideologías bien definidas, sino garrotazos verbales para descalificar a políticos adversarios. “Derecha” actualmente no es ya un menosprecio del que sostiene ciertos principios y valores; se ha convertido en un insulto y una condena al ostracismo político y social. Representa en el imaginario borreguil lo egoísta y antisocial, lo carente de escrúpulos morales, lo opuesto al necesario progreso que, naturalmente, es patrimonio de la “izquierda”, quintaesencia de los valores éticos y de avance social.

Hace algo menos de cien años Ortega escribió que “ser de derechas o de izquierdas son dos maneras de ser un idiota”.

Esta dialéctica, que cuyo origen es la “lucha de clases” decimonónica, cada vez menos representa el antagonismo entre grupos sociales definidos en términos económicos (oligarquía económica y proletariado), ya que la correspondiente campana de Gauss se ha achatado como consecuencia de un vigoroso crecimiento de las clases medias, que constituyen hoy una realidad social cuantitativamente predominante en nuestro mundo occidental.

En mi opinión, la dialéctica actual entre ideologías, con exclusión de las extremistas, menos numerosas, se sitúa entre el liberalismo (el malvado *capitalismo explotador*) y el socialismo (preeminencia del *estado benévolo y protector*), según las denominaciones al uso.

La izquierda, perdida la *lucha de clases* en las democracias europeas avanzadas, se ha atrincherado en cuestiones que pertenecen al ámbito de la moral como la ideología de género, el feminismo radical, la promoción del lobby LGTB y todo aquello que, socapa de avance de las libertades individuales (cada vez más coartadas por leyes y normas, muchas veces innecesarias pero que garantizan al poder la obediencia de la gente a sus imposiciones) pretende demoler los valores tradicionales, con el claro propósito de sojuzgar a la sociedad en sus más profundos principios morales.

A la vez, se pregona la igualdad como la meta social más noble y justa, aunque esa pretendida suprema virtud signifique la banalización de la cultura y del pensamiento y la penalización del impulso individual hacia la excelencia y la realización personal.

La prueba del nueve se encuentra en la admiración y encendida defensa que hace la izquierda de regímenes políticos tales como los de Cuba, Venezuela y Nicaragua.

Ésta, la “izquierda”, es quien nos autorizará a estar presentes con legitimidad en la sociedad y nos expenderá la credencial necesaria para opinar, eso sí, siempre que cumplamos con sus reglas de “progreso”.

Entre esas reglas está la ideología de lo colectivo como éticamente superior a lo individual; por eso, es el Estado el que debe tomar la responsabilidad de velar por usted, para que no se equivoque, piense por su propia cuenta y desdeñe el pensamiento “correcto” que nos viene impuesto desde la política. La palabra “progresismo”, bonita palabra patrimonializada por la izquierda y carente de significado en su uso habitual, sirve para legitimar cualquier necesidad, casi siempre dirigida contra las libertades individuales y encubridora de aspiraciones colectivistas y de ansias de poder.

Para eso está la escuela pública (sobre todo las pertenecientes a las Comunidades Autónomas con su acento en las singularidades, atenuando o directamente suprimiendo los rasgos comunes que nos distinguen como nación), todas las instituciones que benéficamente protegen al ciudadano de sí mismo y un gran número de prohibiciones que evitan sus errores. De este modo se sustituye la responsabilidad de las acciones individuales y la libre decisión por un dirigismo adormecedor de las conciencias, que así pueden descansar plácidamente depositando en el Estado sus propias responsabilidades.

Ya sabemos (nos lo han dicho hasta la saciedad y nos lo siguen diciendo) que los que no se avienen a aplaudir a esta “izquierda” son “fascistas”. Los liberales son denostados como cómplices del *capitalismo salvaje* (¿es que se admite que hay un *capitalismo civilizado*?) depredador y explotador de los desfavorecidos; la extrema derecha, el más abyecto egoísmo. Los ejemplos pueden multiplicarse sin más que leer la prensa, escrita o hablada, y escuchar algunas declaraciones de los políticos. El lenguaje se pervierte aviesamente en el sentido que conviene a los intereses del emisor. Es, ni más ni menos, la praxis habitual de la demagogia.

La trampa no es inocente y se utiliza en el ámbito de la política para inclinar las voluntades hacia determinadas ideologías, como ha expresado certeramente George Lakoff en su *Teoría de los marcos*.

En su libro “No pienses en un elefante” este autor norteamericano, en un discurso de intención política, expone el medio de instilar una ideología en la conciencia de las gentes mediante la creación de “marcos conceptuales” (es decir, estructuras de traducción de la realidad) que se constituyan en modelos de interpretación de los hechos y generen las categorías mentales que interesan a su creador a fin de que las personas adquieran puntos de vista desde los que se vean las cosas con el enfoque que encaja en las categorías así creadas, sirviendo de modo obediente a sus propósitos.

Una muestra de la mendacidad contenida en el lenguaje *dirigido* es la utilización de conceptos asociados que llevan a conformar las ideas que interesan al que las propala, y conducen a una gran impostura. Si bien se observa, poco a poco se ha ido inoculando esta impostura en las conciencias de las gentes, mientras muchos medios de comunicación arropan estas tergiversaciones y siguen dócilmente los dictados del lenguaje impuesto, lleno de falsos correspondientes u opuestos y de connotaciones falaces.

Algunos ejemplos:

Los falsos sinónimos		Las falacias implícitas
Igualdad	Justicia	<i>La igualdad no es necesariamente justa</i>
Público	Solidario	<i>Se supone que “lo público” es benevolente pero se ignoran los despilfarros que encubre y las corrupciones anejas</i>
Subvención a un sector	Desarrollo del mismo	<i>La subvención no siempre favorece el desarrollo. Casi siempre lo perjudica</i>
Socialismo	Sociedad justa	<i>La sociedad igualitaria no es justa</i>
Estado del bienestar	Servicios gratuitos	<i>Nada es gratis. Alguien los paga; los ciudadanos con los impuestos</i>
Gastar	Invertir	<i>Confusión interesada para justificar el gasto no productivo del dinero público</i>
Sindical	Colectivo	<i>Los sindicatos no representan los intereses de la mayoría de la gente sino de poca, los suyos</i>
Ayudas públicas	Atención a los necesitados	<i>Tiemble. Su dinero se lo van a dar a alguien que no se lo gana y sólo algunas veces se lo merece</i>
Los falsos antónimos		Las falacias implícitas
Voluntario	Profesional	<i>El voluntario ¿deja de ser profesional?</i>
Liberal	Solidario	<i>“Ya se sabe” que lo liberal no es solidario sino estrechamente egoísta</i>
Sector público	Sector comercial	<i>El sector comercial tiene ánimo de lucro, que es un encarecimiento del servicio. Lo público cuesta menos al carecer de lucro.</i>

		<i>Nacionalicemos las panaderías y el pan nos saldrá más barato</i>
Competencia	Cooperación	<i>Dentro de un sistema competitivo también hay cooperación. El sistema comercial lo demuestra</i>
Privado	Público	<i>Lo privado busca el beneficio egoísta. Lo público es altruista porque no busca el beneficio</i>
Rigor en el gasto	Bienestar social	<i>El rigor en el gasto restringe el bienestar social. Se supone que más bienestar implica más gasto. Nadie se fija en la eficacia de lo que se gasta sino en su cuantía</i>
Las connotaciones falaces		
Las instituciones financieras	Los especuladores	<i>...es decir, los ladrones legales</i>
Los “ataques” de los mercados	La rapacidad de los capitalistas	<i>La falta de confianza de los inversores</i>
Ayudas	Solidaridad	<i>Financiación de la incompetencia</i>
Cada vez hay más pobres	Porque cada vez hay más ricos	<i>La realidad es que el número de pobres está disminuyendo de forma espectacular. La falacia de la “suma cero” (la riqueza es fija y hay que repartirla. Se ignora el notable aumento de la riqueza)</i>
Pago de impuestos	Virtud social	<i>Poder para los políticos y otras oligarquías anejas al mismo</i>

Un ejemplo destacado de tergiversación es el concepto solidaridad (pronúnciese como sobreestrújulo, con acento en la “O” como hacia el expresidente ZP, gran gramático). La *sólidaridad*, versión civil de la virtud de la caridad cristiana, es un impulso espontáneo de la persona para ayudar a los que carecen de los bienes que ella posee, motivado por un criterio moral. Sin embargo, cuando en nombre de esta virtud se nos imponen tributos, la virtud deja de ser tal, porque es obligada coactivamente. Por eso, todo lo que desde el poder se nos etiqueta como solidario no es sino el pretexto para un saqueo más de nuestra propiedad, encubierto por pretendidos propósitos éticos (es decir, aunque tal vez no le guste, seguramente porque es usted *de derechas*, va usted a ser, por la fuerza, una persona sensible y generosa, va a ser un *buen ciudadano solidario*).

Otra expresión especialmente cargante es el omnipresente adjetivo *democrático*. Cualquier político debe pronunciarla en sus discursos muchas veces, cuantas más mejor: *Voluntad democrática, argumento democrático, acto académico democrático, discurso democrático, manifestación democrática, réplica democrática...* Esta palabra mágica, al parecer, legitima cualquier disparatado discurso, como vemos a diario en el Parlamento catalán a los separatistas, quienes incumplen las leyes por *razones democráticas*.

Yo - buen ciudadano - he llegado a la conclusión de que al mediodía y por la noche me siento ante una mesa democrática a tomar una comida democrática, tras hablar democráticamente por teléfono con unos amigos...también demócratas.

Podríamos seguir con muchos otros términos que se han adueñado del discurso habitual. No sobra mencionar el reiterado y agobiante *diálogo*, constantemente usado por la autodenominada izquierda. En el sentido más habitual que le dan los personajes que lo promueven connota negociación, es decir, conciliación mediante un juego de cesiones mutuas entre posiciones distintas y opuestas. Pero, como es claro, tal negociación es imposible si una de las partes no está en disposición de hacer ninguna cesión: véase el posible *diálogo* con los separatistas catalanes. Por tanto ¿de qué diálogo se está hablando? Hipócritas.

Un reciente hallazgo se refiere al problema de la inmigración en España. Ante los graves problemas de todo tipo que presenta este fenómeno la palabra *inmigrante* (los que entran en el país, y cuyo antónimo *emigrante* define a los que salen de él) se ha sustituido por la de *migrante* (es decir cualquiera de los dos) con que se trata de disimular y enmascarar la importancia y la gravedad de este problema.

Y, última hora, el actual gobierno declara su intención de subir los impuestos a *los ricos*, pero no a las *clases medias y a los trabajadores* (lenguaje demagógico ¿es que las clases medias no están compuestas por trabajadores?). ¿Se trata de identificar a estos últimos con el prácticamente extinto *proletariado* de hace un siglo?

Por otra parte están (¡y con qué fuerza!) las etiquetas y las expresiones descalificadoras. Son el tiro en la nuca al discrepante ideológico. Hoy las escuchamos diariamente: “Casta”, “trama”, “radical”, “ultra”, “extremista”, ... implican la condena a la exclusión social de quien se opone a la aceptación acrítica del discurso dominante propio del *soi disant* “progresismo”.

A lo dicho y en orden a completar el cuadro problemático actual hay que añadir que, mientras, se reduce el nivel de exigencia en la enseñanza hasta alcanzar cotas vergonzosas (elemento necesario para el sometimiento intelectual) y se atiborra de derechos a los jóvenes, a quienes apenas se habla de deberes, cuando el balance entre derechos y deberes es una correlación necesaria: sólo se tienen derechos si se cumplen unas obligaciones y deberes.

¿Y por qué esto es así? Pues porque los derechos los otorgo YO, EL ESTADO de quien ustedes van a depender cada vez más, porque soy quien tiene el poder sobre sus vidas, y ello será a costa de su libertad personal. Porque YO, EL ESTADO seré quien determine cómo conducirse para ser un miembro legítimo de la sociedad, incluso lo que hay que enseñarles a sus hijos, no sólo en el aprendizaje de las ciencias y la cultura, sino también en el ámbito de la moral y del comportamiento social. Porque YO, EL ESTADO me ocupo de decirles cual es la ideología que usted debe adoptar para ser un buen ciudadano y confiar en mis manos omniscientes la dirección que conviene a la sociedad. Por eso, para cumplir tan trabajosas obligaciones, YO, EL ESTADO debo despojarle, mediante los impuestos, de una gran parte de su dinero para cubrir los cuantiosos gastos que requiere tan esforzada misión.

Y, por último, **la gran falacia**: el elogiado **estado del bienestar**, nombre con el que se designa una construcción que goza de una práctica aceptación social y en cuyas virtudes cree cándidamente una gran mayoría de españoles. Siendo cierto que nadie puede dudar de la benévola intención que se declara para su sostenimiento, no son muchos los que se atreven a criticar un sistema poco eficiente y escasamente sostenible, cuyo coste -bien echadas las cuentas- supera a otras alternativas de carácter privado, que darían a los ciudadanos similares prestaciones a costes más reducidos, y les permitirían ahorrar una parte de los impuestos, aumentar sus rentas netas y generar más bienestar.

Hoy el elogio de lo público frente a lo privado es la moneda común que califica positivamente todo lo que los políticos denominan *políticas sociales*.

Tan bien ha prendido en la sociedad el concepto de *lo social* que cualquier persona puede oír con frecuencia elogiar la gratuidad de los servicios públicos. Los que esto creen no consideran que, no habiendo actividad gratuita, los costes correspondientes se pagan con impuestos, que han sido recibidos por la sociedad como algo tan inevitable y *natural* como la lluvia y el sol. Para eso, el Estado disimula la enorme cantidad de impuestos al ciudadano mediante su diversificación en distintos conceptos que enmascaran su rapacidad recaudatoria.

En este clima de cultura empobrecida el lenguaje dirigido está jugando sus mejores bazas. Cualquiera que no esté cerrado a la realidad percibirá que hoy, en España, se está tratando de implantar una sociedad amorfa y obediente a los dictados del poder político, que no estorbe el ejercicio del mismo a los que ahora lo tienen. ¡Viva la mediocridad y la sumisión del pensamiento! ¡Muera la excelencia y la independencia intelectual! ¡Viva el fútbol y la televisión basura!

Peor aún. Determinadas corrientes ideológicas, como la ideología de género, el feminismo rampante y las que está propagando el poderoso lobby LGTB, están tratando de imponer poco a poco, mediante auténticos rebuznos gramaticales (como hemos oído decir: *jóvenas, miembros y portavozas*) unos términos lingüísticos que configuran una auténtica *neolengua* tal como la describe Orwell en su conocida parábola *1984*.

En su libro “El poder y la palabra” George Orwell escribe:
La neolengua estaba pensada no para extender sino para disminuir el alcance del pensamiento y dicho propósito se lograba ... reduciendo al mínimo el número de palabras disponibles.

¿Qué es *Twitter* y similares sino una reducción del número de palabras, un empobrecimiento del lenguaje?

*¿No ha de haber un espíritu valiente?
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
 ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?*

Francisco de Quevedo

Por eso, para evitar el “camino de servidumbre” que describió Hayek, hace falta que los “espíritus valientes” que evoca el verso de Quevedo sean cada vez más numerosos, tengan la capacidad de no caer en las trampas del lenguaje y contribuyan a limpiarlo de tan peligrosas contaminaciones.

¿Se logrará ello con los actuales planes de educación? La razón dice que no.

Por último, habrá que mencionar “el lenguaje idiota”, que se ha introducido con fuerza hasta entre gentes de pluma (como muchos periodistas que se leen o se oyen a diario) y representa una muestra más de la indigencia lingüística (y, por tanto, intelectual) que padece nuestra sociedad. Que vivimos en medio de una aplastante mediocridad no es ninguna broma; es una triste realidad.

<i>SE DICE</i>	<i>EN LUGAR DE.....</i>
<i>Hoja de ruta</i>	<i>Plan, proyecto, programa</i>
<i>Lineas rojas</i>	<i>Límites</i>
<i>Poner encima de la mesa</i>	<i>Plantear</i>
<i>La ciudadanía</i>	<i>Los ciudadanos, la sociedad</i>
<i>Para nada</i>	<i>No</i>
<i>Hay que hacer esto sí o sí</i>	<i>Hay que hacer esto</i>
<i>La jueza</i>	<i>La juez</i>
<i>Los españoles y las españolas</i>	<i>Los españoles</i>
<i>No “toca” hacer esto</i>	<i>No procede hacer esto</i>
<i>Este es el tiempo donde</i>	<i>Este es el tiempo cuando (o en el que)</i>
<i>No te compro el argumento</i>	<i>No acepto tu argumento</i>
<i>El veinte aniversario (o, peor, el veinteavo)</i>	<i>El vigésimo aniversario</i>
<i>... y muchas más lindezas que invaden la prensa, las televisiones y las tertulias</i>	

Una frase completamente idiota:

<i>Pongo encima de la mesa las líneas rojas de la hoja de ruta que toca seguir sí o sí</i>	<i>Planteo los límites del programa que hay que seguir</i>
--	--

Y la guinda que corona el pastel: Leído recientemente en el periódico El Mundo sobre un personaje conocido, refiriéndose al marido de su hija: *su nuero*..... (es de suponer que la mujer de su hijo será *la yerna* del personaje). Como resultado se está consiguiendo, por medio del lenguaje, troquelar las conciencias de las gentes para someterlas de modo obediente a las fuerzas ideológicas dominantes (las que más se repiten y más ruido hacen), a costa de su libertad de pensamiento y elección.

Hemos de reconocer que hoy por hoy lo que llamamos - y ellos mismos se llaman - “izquierda” ha logrado ganar la batalla del lenguaje, al tiempo que una pandilla de gente con una formación intelectual de la que cabía esperar mejores hechuras ha acatado sumisamente las exigencias de este lenguaje hábilmente dirigido en provecho de conocidas ideologías cuyo objetivo es reducir nuestra libertad para hacernos cada vez más dependientes del poder.

El lenguaje al uso, mediante una tergiversación y mendacidad no siempre bien disimuladas, es un sostenido, sibilino y constante ataque al pensamiento autónomo y a la libertad personal.

Manuel Chaure Vallejo